

## Señora Braun

David Ojeda

La señora Braun despierta esa mañana, el 20 de marzo de 1950, con el retardo que se ha vuelto una costumbre en sus tareas de cada lunes. El ruido de los pasos firmes y ágiles que descienden por la amplia escalera alfombrada le hace advertir que ya su nuera se encamina a la cocina para disponer y vigilar la preparación del desayuno. No obstante la hora, la mujer no desea abrir los ojos. Gratificada, sintiendo junto a sí el cuerpo laxo de su pareja, le apetece voltearse para pasar un brazo por encima de ese viejo ventrudo y legañoso que ella ama con simplicidad y hondura. Sabe la señora Braun que falta un mes exacto para su onomástico número 61, la fecha que el hombre a su lado fijó tres años antes para hacerle un obsequio especial: su retiro de la firma bancaria que él preside y el comienzo de un extenso viaje por el mundo que esa mañana gira boyante, sereno. Porque se trata del 20 de marzo de 1950 y a lo largo de casi 30 años, bajo el liderazgo de Inglaterra, Alemania y Francia, Europa ha conducido a las naciones del planeta por lo que muchos consideran una ejemplar y perdurable época de paz. La expectativa del itinerario que ha diseñado para su viaje produce en el afable rostro de la señora Braun una sonrisa y así permanece unos segundos. Luego, al levantarse, procura sacar a su marido del sueño. Y sólo hasta sentir que él toma los anteojos del buró para observarla, la mujer abre con gesto ostensible la pequeña agenda que está de su lado, tachando un día más en el calendario ahí impreso. Un par de horas después, despide a su esposo en la puerta de su residencia berlinesa, rodeada de jardines que ya reverdecen. Hacia adentro de la casa, en lo que se adivina un espacio acogedor, con pasillos y escaleras y salones, se escuchan las carreras y voces de los niños más pequeños. Ellos, solo por el espectáculo del nuevo automóvil y el fornido chofer que lo conduce, se apresuran para ver la partida del abuelo Adam, quien marcha a la casa bancaria donde habrá de vigilar el fluido rendimiento del oro y las inversiones a su cuidado. Atrás deja a su mujer, Adolfina, que pasará otro día como matrona de una familia afortunada. Esa mañana, sin embargo, previendo su excursión en un planeta pacífico, mientras lo ve alejarse, ella se atreve a imaginar qué tan distinta habría sido su vida de haber nacido hombre, aquel 20 de abril de 1889 que ya le parece tan lejano. Para empezar, piensa, seguramente no se habría llamado Adolfina Hitler, ni sería la amorosa mujer de Adam Braun.